

JEREMÍAS, UNA LECCIÓN PARA LOS QUE ESTÁN DECEPCIONADOS

No les tengáis miedo, que contigo estoy Yo para salvarte –oráculo del Señor- (Jer 1,8)

Los Profetas fueron siempre ingratamente maltratados por los israelitas, que les opusieron resistencia, desatendieron sus advertencias y olvidaron sus buenos servicios. Pero hubo una diferencia entre los primeros y los últimos Profetas. Los primeros vivieron y murieron con honores tributados externamente por su pueblo, y aunque odiados y frustrados por los malvados, fueron exaltados a puestos elevados y gobernaron la comunidad. Moisés, por ejemplo, tuvo problemas a causa de su pueblo durante toda su vida, pero hacia el final fue su legislador y juez. También Samuel, incluso rechazado, fue sin embargo reverenciado y cuando murió, “todo Israel se congregó para llorarle y lo sepultaron en su heredad, en Ramá” (1 Sam 25,1). David murió en el trono real. Pero en los últimos tiempos, los Profetas fueron no sólo temidos y odiados por los enemigos de Dios, sino echados fuera de la viña. En la medida en que se aproximaba la llegada del verdadera Profeta de la Iglesia, el Hijo de Dios, se le parecieron en sus infortunios terrenales más y más, y así como El tenía que sufrir, así sufrieron ellos. Moisés fue un gobernante, Jeremías fue un proscrito; Samuel fue enterrado en paz, Juan Bautista fue decapitado. En palabras de San Pablo, “soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones, fueron apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de oveja y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno del mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra” (Heb 11,36-38).

De estos, son ejemplos de errantes Elías, que vivió en el desierto, y los cien profetas a quienes Abdías dio de comer de a cincuenta en una cueva (1 Re 18,4). Y Miqueas, que fue llamado el pan de la aflicción y el agua de la aflicción por un rey idólatra, es el caso de aquellos que “soportaron cadenas y prisiones”. De los que fueron vistos partidos y caídos por la espada, Isaías es el principal, ya que según la tradición fue cortado con una sierra de madera por orden de Manasés, el hijo de Exequias. Y de los que fueron apedreados, ninguno tan famoso como Zacarías, hijo de Baraquías, “que fue muerto entre el Santuario y el altar” (Mt 23,35). Pero de todos los Profetas perseguidos Jeremías es el más eminente. Sabemos mucho de su historia, de sus prisiones, de sus advertencias y aflicciones. Puede ser tomado como representativo de los Profetas, y por ello es un tipo especial de nuestro Señor y Salvador. Todos los Profetas fueron tipos del Gran Profeta cuyo camino prepararon; tiende hacia Cristo y hablan de El. En sus sufrimientos prefiguran Su sacerdocio, en sus enseñanzas Su oficio profético, y en sus milagros Su poder real. La historia de Jeremías, entonces, al ser delineada en la Escritura con más circunstancias que la de los otros Profetas, es el tipo más exacto de Cristo entre ellos, después de David, quien, por supuesto, fue el más semejante de todos, como sufriente, maestro inspirado y rey. Jeremías viene cerca de David, no digo en dignidad y privilegio, porque Elías fue arrebatado al cielo y apareció en la transfiguración, ni en la inspiración, porque a Isaías se debe asignar los dones evangélicos más elevados, sino en cuanto tipifica a Cristo que llegó y lloró sobre Jerusalén, y luego fue torturado y muerto por aquellos por quienes había llorado. Por

eso, cuando llegó nuestro Señor, mientras algunos pensaban que era Elías y otros Juan el Bautista que había resucitado, había otros que creían que era Jeremías. De él hablaré como ejemplar de todos aquellos Profetas a quienes San Pablo nos presenta como ejemplos de fe, y Santiago como ejemplos de paciencia (St 5,10-11).

El ministerio de Jeremías puede resumirse en tres palabras: esperanza, trabajo, decepción.

Tuvo el privilegio de ser llamado a su sagrado oficio en los primeros años de su juventud. Como Samuel, el primer profeta, era de la tribu de Leví, dedicado desde el nacimiento a los servicios religiosos y favorecido con la presencia constante y la gracia de Dios. La palabra del Señor le dice cuando le da su misión: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses te tenía yo consagrado, profeta de las naciones te constituí”(Jer 1,5). Este mandato se lo dio un año después de que Josías comenzara su reforma. Jeremías le respondió: “¡Ah, Señor! Mira que no sé expresarse, que soy un muchacho”(1,6). Sentía lo arduo del oficio de un profeta, la firmeza y la intrepidez que requiere hablar con las palabras de Dios. “Pero el Señor le dijo: No digas ‘Soy un muchacho’, pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mando dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy para salvarte –oráculo del Señor– Entonces alargó el Señor su mano y tocó mi boca, y me dijo: Mira que he puesto mis palabras en tu boca” (1,7-9).

Ningún profeta comenzó su labor con un estímulo tan grande como Jeremías. Había llegado al trono un rey que volvió a traer los tiempos de guerra según el corazón de Dios. No hubo un hijo de David tan celoso como Josías desde el mismo David. El rey era muy joven en el comienzo de la reforma, no tenía más de veinte años. ¿Qué no sería llevado a cabo con el correr de los años, por muy corrupto y degradado que fuera el estado de su pueblo? Así debió pensar Jeremías. También se debe recordar que la obediencia religiosa era premiada con la prosperidad temporal según la tradición judaica. Parecían existir todas las razones por las que Jeremías podía pensar al principio que le esperaba a la Iglesia¹ una brillante fortuna. El nacimiento de Josías había sido pronosticado por el nombre unos trescientos años antes, cuando Jeroboam estableció la idolatría; sería el prometido vengador de la Alianza de Dios, el “reparador de brechas y restaurador de senderos frecuentados” (Is 58,12). El cisma había llegado a su fin cuando Israel (las diez tribus) fue enviado al cautiverio en Babilonia. Los reyes de la casa de David gobernaron otra vez toda la tierra prometida y la idolatría fue destruida por Josías en todas las ciudades. Tales eran las bendiciones de entonces que el resto de los judíos gozaba. Por eso, a primera vista parecía razonable anticipar mejoras sucesivas y permanentes. Todos comienzan por ser optimistas. Sin duda, entonces como ahora, muchos trabajadores en la viña del Señor entraron en su oficio con más alegre esperanza de lo que justificó su suerte futura. De todos modos, haya o no estimulado semejante esperanza los primeros esfuerzos de Jeremías, muy pronto, en su caso, esta alegre perspectiva se nubló, y quedó trabajando en la oscuridad. El mensaje al rey de la profetisa Juldá, cuando él encontró el Libro de la Ley en el templo, señaló en comienzo de la suerte que le llegaba a Israel. Juldá anunció un mal: la temprana muerte del buen Josías como misericordia hacia él y una terrible destrucción de la nación, que había sido indigna de él. Esta profecía fue dicha cinco años después del comienzo del oficio de

¹ Se entiende aquí el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, donde ya aparece la palabra *ecclesia*.

Jeremías, que duró los cuarenta años anteriores a la cautividad. Muy temprano se desvanecieron sus esperanzas.

Aun suponiendo que el mensaje de Juldá no llegara hasta él, ciertamente estuvo indeciso en cuanto a cualquier esperanza que pudiese abrigar, sea por lo que le decía la expresa Palabra de Dios, o por el estado endurecido de pecado en el que realmente se encontraba la nación. Seguramente pronto se destruyeron sus esperanzas, y su mente se entró sensatamente en una disposición más santa y noble: la resignación.

Llamo a la resignación un estado de espíritu más santo que la esperanza optimista de éxitos actuales, porque es la más verdadera y coherente con nuestro estado de vida caída por el pecado, la más edificante para nuestros corazones, y porque es aquella por la que se han destacado los más eminentes siervos de Dios. Es natural, por cierto, e inocente, esperar grandes efectos de nuestros esfuerzos por objetivos religiosos, pero brota de la inexperiencia del tipo de trabajo que tenemos que hacer: cambiar el corazón y la voluntad del hombre. Es mucho más noble como estado de ánimo, trabajar, no con la esperanza de ver el fruto de nuestra labor, sino por una cuestión de conciencia, del sentido del deber, y en la fe confiar que *vendrá* el bien aunque no lo veamos. Mirad a través de la Biblia y encontraréis que los siervos de Dios, aunque comenzaron con éxito, terminaron decepcionados, no porque fallaran los propósitos de Dios o Sus instrumentos, sino porque el tiempo para cosechar nos es aquí sino en la otra vida, porque aquí no hay ningún gran fruto visible durante el tiempo que dura la vida de cualquier hombre. Moisés, por ejemplo, comenzó guiando triunfalmente a los israelitas fuera de Egipto, pero terminó a la edad de ciento veinte años, antes que su viaje terminara y Canaán fuera ganada, entre una multitud culpable arrojada al desierto (1 Cor 10,5). Las reformas de Samuel terminaron en la elección obstinada del pueblo, que quería un rey como tenían las naciones vecinas. Elías, después de sus éxitos, huyó de Jezabel yendo al desierto a lamentar sus decepciones. Isaías, después del reinado religioso de Exequias y de la milagrosa destrucción del ejército de Senaquerib, cayó bajo los tiempos malos de su hijo Manasés. Aún en los éxitos de los primeros maestros cristianos, los Apóstoles, se observa la misma regla. Después de todas las grandes obras que Dios les permitió acabar, confesaron antes de su muerte que lo que experimentaban y veían ante ellos era adverso y calamitoso, y que el fruto de sus trabajos no se vería hasta que Cristo viniera a abrir los libros y reuniera a Sus santos de los cuatro rincones de la tierra. “Los malos y embaucadores irán de mal en peor, serán seductores y a la vez seducidos” (2 Tim 3,13) es el testimonio de San Pedro, San Pablo, San Juan y San Judas.

Ahora bien, en Jeremías tenemos noticia de esa variedad de sentimientos y vicisitudes que produce esta transición desde la esperanza a la decepción, al menos en un espíritu sensitivo. Sus pruebas fueron muy grandes aún en tiempos del reinado de Josías, pero cuando ese piadoso rostro del rey desapareció con su muerte prematura, Jeremías fue expuesto a la persecución por toda clase de hombres. Leemos que en un tiempo fue el pueblo que conspiró contra él (Jer 18,18), y en otro momento, que los hombres de su propia ciudad, Anatot, “buscaban su vida” (11,21) por haber profetizado en el nombre del Señor. En otra oportunidad fue prendido por los sacerdotes y profetas para darle muerte, de la que se salvó por los príncipes y ancianos que aún eran fieles a la memoria de Josías (26,16 ss). Después, Pasjur, el inspector jefe del templo, lo hizo azotar y lo metió en el cepo (20,2). Otra vez, el rey Sedecías lo puso en prisión (32,3). Más tarde, cuando el ejército de los caldeos asedió Jerusalén, los judíos le acusaron de

abandonarse al enemigo (37,14), le golpearon, le encarcelaron, y luego le arrojaron a una cisterna, donde “se hundió en el fango” y casi muere de hambre (38, 6,9). Cuando Jerusalén fue tomada por el enemigo, Jeremías fue llevado a la fuerza a Egipto por hombres que al principio pretendían reverenciarlo y consultarlo (53; 54), y allí le llegó su fin, se cree que un violento fin. Nabucodonosor, el rey pagano de Babilonia y conquistador de Jerusalén, fue una de las pocas personas que se mostró bondadoso con él. Este gran rey, que más tarde honró a Daniel y al final fue llevado a conocer al Dios del cielo por un severo castigo, al tomar la ciudad liberó a Jeremías de la prisión, y le mandó al capitán de la guardia: “préndele y tenle a la vista, y no le hagas daño alguno; antes harás con él lo que él mismo te diga” (39,11). Un etíope, otro pagano, es también mencionado por haberle librado de la cisterna.

Esas fueron sus tribulaciones, aflicción, temor, abatimiento y algunas veces incluso el desasosiego cuando sufría estas cosas, expresadas diversamente. Esta sucesión y marea de sentimientos que muchas personas experimentan en su espíritu los establecen en la calma de la resignación. En un momento él habla como asombrado ante su fracaso: ¡Oh Señor, tus ojos, ¿no son para la verdad? Les heriste, mas no acusaron el golpe; acabaste con ellos, pero no quisieron aprender” (5,3). “Algo pasmoso y horrendo se ha dado en la tierra: los profetas profetizaron con mentira, y los sacerdotes dispusieron a su guisa. Pero mi pueblo lo prefiere así. ¿Adónde vais a parar?” (5,30-31). En otro momento expresó su perplejidad ante el desorden del mundo y el éxito de los malvados: “Tú llevas la razón, Señor, cuando discuto contigo: no obstante, voy a tratar contigo un punto de justicia. ¿Por qué tienen suerte los malos, y son felices todos los felones?...En cambio a mí ya me conoces, Señor, me has visto y has comprobado que mi corazón está contigo” (12, 1-3). Después, sucesivamente, su mente se inquieta ante el pensamiento de sus propios trabajos ansiosos y perplejidades: “¡Ay de mí, madre mía, porque me diste a luz varón discutido y debatido por todo el país! Ni le debo, ni me deben, ¡pero todos me maldicen!...¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo, y mi herida irremediable, rebelde a la medicina? ¡Ay! ¿serás tú para mí como un espejismo, aguas no verdaderas?”(15, 10-18). Estos son los pesares de un espíritu gentil y pacífico, llevado contra su voluntad a las tribulaciones de la vida, y soportando el aborrecimiento de aquellos a quienes se opone contra su naturaleza. Esto está expresado así: “Yo nunca me apresuré tras de ti para la desgracia, el día irremediable no he anhelado; tú lo sabes: lo salido de mis labios enfrente de tu faz ha estado. No seas para mí espanto, ¡oh, tú, mi amparo en el día aciago!” (17, 16-17). Cuando Pasjur lo puso en el cepo estaba aún más agitado y dijo: “Me has seducido, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido. He sido la irrisión cotidiana: todos me remedaban...¡Maldito el día en que nací!” (aquí ciertamente está el lenguaje de impaciencia), “¡el día que me dio a luz mi madre no sea bendito!” (20, 7-14).

De todos modos, ¿cuál fue el final de semejantes cambios de sentimientos? La resignación. En otra parte usa un lenguaje que expresa ese espíritu escarmentado y ese corazón desasido que es el término de toda agitación y ansiedad en el caso de hombres religiosos. Él, que un tiempo no podía consolarse, en otro momento fue enviado a consolar a un hermano, Baruc, y al consolarle habla según ese temple noble de la resignación que ocupa el lugar de la esperanza optimista y el miedo atormentado, y anuncia calma, fe clarividente y paz interior. “Así dice el Señor, el Dios de Israel, respecto a ti, oh Baruc: Tú dijiste: ‘¡Ay de mí, que añade el Señor congoja a mi sufrimiento! Me he agotado en mi jadeo, pero sosiego no hallé’. Así le dirás: Esto dice el Señor: Mira que lo que edificué, yo lo derribo, y aquello que planté, yo lo arranco,

esto por toda la tierra. ¡Y tú andas buscando grandezas! No las busques porque mira que yo traigo desgracia sobre toda carne –oráculo del Señor– pero a ti te daré la vida salva por botín a donde quiera que vayas” (45, 2-5). Es decir, no busques el éxito, no seas impaciente, no te inquietes, conténtate si después de todos tus trabajos te salvas a ti mismo, sin ver otro fruto.

Y ahora, hermanos mío, ¿lo que he venido diciendo se aplica a todos nosotros o solamente a los Profetas? Se aplica a todos nosotros. Porque todos vivimos en un mundo que promete lo bueno, pero no cumple, y todos (si consideramos nuestras vidas aparte de la perspectiva religiosa) comenzamos con esperanza y terminamos con decepción. Sin duda que nuestras respectivas tribulaciones en esta vida son muy diferentes, al venir de distintos temperamentos y circunstancias, pero está en nuestra naturaleza comenzar la vida impensada y gozosamente, buscar grandes cosas de una manera u otra, tener vagas nociones del bien que se acerca, amar el mundo y creer en sus promesas, y buscar satisfacción y felicidad en él. Y como es propio de nuestra naturaleza esperar, así es nuestra suerte encontrarnos con la decepción a medida que la vida sigue. Se que existen multitudes, los jubilados de nuestra sociedad, que pasan sus días sin ninguna variación de fortuna, pero aún en esos casos las personas inteligentes tendrían mucho más para decir de sí mismos que lo que pudiera parecer a primera vista. Es claro que esa decepción es la suerte del hombre de una forma u otra (mirando nuestras perspectivas aparte del mundo futuro), por el mero hecho, aunque nada más pueda decirse, de que comenzamos la vida salud y la acabamos con enfermedad, o, en otras palabras, que *llega* a su *fin*, pues un final es un fracaso. Y aun en las esferas sociales más tranquilas, ¿no sienten los viejos pesar, más o menos intensamente, que no son jóvenes? ¿No lamentan los días que se fueron y aún con el placer del recuerdo sienten dolor? ¿Y por qué, si no es porque piensan que han perdido algo que alguna vez tuvieron, mientras al comienzo de la vida pensaban en ganar algo que no tenían? Doble decepción.

¿Es la religión la que sugiere esta triste visión de las cosas? No, es la experiencia, es obra del *mundo*, es un hecho del cual no podemos escapar, aunque la Biblia no dijera una palabra acerca de la naturaleza perecedera de todos los placeres terrenales.

Aquí es donde Dios mismo nos ofrece Su ayuda por Su Palabra y en Su Iglesia. Dejados a nosotros mismos buscamos lo bueno en el mundo, pero no podemos hallarlo. En la juventud miramos hacia adelante y en la vejez miramos hacia atrás. Está bien que debamos persuadirnos de estas cosas a tiempo, para ganar sabiduría y proveernos para el día malo. ¿Buscamos grandes cosas? Debemos buscarlas donde realmente deben ser encontradas, y de la manera en la que deben serlo. Debemos buscarlas como Él las pone ante nosotros, pues vino al mundo para hacernos capaces de tenerlas. Debemos estar deseosos de renunciar a la esperanza presente por el gozo futuro, a este mundo por el invisible. La verdad es (aunque es tan difícil que lo admitamos de corazón) que nuestra naturaleza no está al principio en condiciones de gozar la felicidad, aunque nos sea ofrecida. La buscamos, y sentimos que la necesitamos, pero (es extraño decirlo pero así es) no somos capaces de ser felices. Si de repente nos precipitamos en busca del gozo será como el intento de un niño que quiere caminar antes de que le lleguen las fuerzas. Si queremos obtener la verdadera felicidad debemos cesar de buscarla como un fin y posponer la perspectiva de gozarla, porque estamos por naturaleza en un estado no natural, y debemos ser cambiados de lo que somos cuando nacimos, antes de poder recibir nuestro bien más grande. Y así como en la enfermedad se usan remedios fuertes

o tratamientos molestos, así es con nuestras almas. Debemos avanzar a través del dolor, practicar la abnegación, refrenar nuestros deseos, y purificar nuestros corazones, antes de ser capaces de cualquier paz sólida y duradera. Intentar obtener la felicidad, salvo de este modo aparentemente tedioso e indirecto, es esfuerzo perdido, es edificar en la arena: los cimientos pronto cederán aunque la casa parezca bella por un tiempo. Ser alegre e inconsciente, indulgente consigo mismo y de terca voluntad, desentona con nuestro estado real. Debemos aprender a conocernos y a tener pensamientos y sentimientos convenientes a nosotros. La esperanza impetuosa y el regocijo indisciplinado son impropios de un pecador. ¿Le repugnaría un bajo concepto de sí mismo, el dolor agudo, y la mortificación de deseos naturales, a quien por sus culpas hizo bajar al Hijo de Dios del cielo y morir en una cruz por él? ¿Puede vivir en el placer y llamar a este mundo su hogar, mientras lee en el Evangelio sobre la aflicción y las decepciones a lo largo de toda la vida de su Salvador?

No puede ser. Preparémonos para el sufrimiento y las decepciones que nos corresponden como pecadores, y que nos son necesarias como santos. No huyamos de la tribulación cuando Dios nos la trae, ni hagamos el papel del cobarde en el combate de la fe. “Velad, manteneos firmes en la fe, ser hombres, sed fuertes” (1 Cor 16,13). Tal es la exhortación de San Pablo. Cuando os sorprenda la aflicción, recordad aceptarla como un medio de perfeccionar vuestro corazón, y pedid a Dios Su gracia para que pueda ser así. Mirad en la cara a la decepción. “Tomad, hermanos, como modelo de sufrimiento y de paciencia a los Profetas...Mirad cómo proclamamos felices a los que sufrieron con paciencia” (St 5, 10-11). No abandonéis vuestro intento de servir a Dios, aunque veáis que nada ocurre. Vigilad y orad, y obedeced vuestra conciencia, aunque no podáis percibir vuestro propio progreso en la santidad. Continúad, y no podréis sino adelantar. Creedlo aunque no lo veáis. Cumplid con los deberes de vuestra vocación aunque no os gusten. Educad a vuestros hijos cuidadosamente en el buen camino, aunque no podáis decir en qué medida la gracia de Dios a tocado sus corazones. Que vuestra luz brille ante los hombres, y rogad a Dios por una vida coherente, aunque otros no parezcan glorificar a su Padre por ello o sean beneficiados con vuestro ejemplo. “Echa tu pan al agua, que al cabo de mucho tiempo lo entrarás...De madrugada siembra tu simiente y a la tarde no de paz a tu mano, pues no sabes si es menor esto o lo otro o si ambas cosas son igual de buenas” (Eccl 11, 1,6). Perseverad en la senda angosta. Al lado de los sufrimientos de los Profetas los nuestros son una bagatela. Se combinaron la violencia y la astucia para apartarlos del camino, pero ellos siguieron derecho, y descansan en paz.

Se muy bien que todo este asunto es desagradable para muchos que dicen deberíamos estar de buen humor. “Se nos manda gozar, ¿por qué nos mandáis llorar?” Os mando llorar para que podáis gozar más perfectamente. “Bienaventurados los que lloran porque serán consolados” (Mt 5,5). “Los que siembran entre lágrimas, cosechan entre cantares” (Sal 125,5) Os mando cargar con la cruz de Cristo, para que podáis usar Su corona. Dadle vuestros corazones y resolveréis vosotros mismos la dificultad, como cristianos que pueden estar “como tristes pero siempre alegres”(2 Cor 6,10). Encontraréis que la luminosidad del corazón y la alegría son coherentes con ese carácter nuevo y celestial que El nos da, aunque para obtenerlo en alguna buena medida debamos estar tristes por un tiempo y después meditabundos. Pero os hago una bella advertencia: desde un principio debéis creer en Su Palabra sin tener pruebas, pero si no creéis no hay nada que hacer.“Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y Yo os daré descanso” (Mt 11,28). Debéis comenzar por la fe, no podéis ver al principio adónde os está llevando El, y cuánta luz surgirá de las tinieblas.

Es un trabajo doloroso. Debéis comenzar por absteneros del pecado, por despertar de la pereza, por preservar vuestra lengua de las palabras no sinceras, vuestras manos de acciones fraudulentas, y vuestros ojos de contemplar vanidades. Debéis comenzar por vigilar el primer brote de enojo, orgullo, impureza, obstinación y celos, por aprender a soportar por la causa de Cristo la risa de los hombres irreligiosos, por obligar a vuestras mentes a seguir seriamente las palabras de la oración, aunque os sea difícil, y por mantener el pensamiento de Dios durante todo el día. Seréis capaces de hacer estas cosas si buscáis la ayuda poderosa de Dios Espíritu Santo, que os es dado. Y mientras seguís tras ellas, entonces, en palabras del Profeta: “Nacerá tu luz en medio de las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía. Entonces el Señor te guiará sin cesar, hartará tu alma en tierra árida, y dará fuerza a tus huesos; serás como huerto regado, y como manantial de agua, cuyas aguas nunca se agotan” (Is 58, 10-11).